

## PALABRAS DE ASDRÚBAL AGUIAR, EN EL ACTO DE PRESENTACIÓN DEL LIBRO DE IVAN SIMONOVIS, EL PRISIONERO ROJO

El país - que es mucho más que el Estado, ese que a partir de 1999 otra vez muta en prisión de la ciudadanía - hoy recibe de las manos limpias de otra de las víctimas de éste, Iván Simonovis, un libro testimonial, *El prisionero rojo*.

Su narrativa, más allá de lo íntimo, de la vida suya que nos cuenta como en el Mito de Sísifo, desgarradora y vitalmente humana, es la síntesis renovada de una tara que marca la piel y hace hendidura en nuestra historia republicana, forjada con “saña cainita” como lo diría el ex presidente Rómulo Betancourt.

Me refiero, obviamente, a la deriva militarista que secuestra a nuestra sociedad y la divide entre amigos y enemigos una vez caída la Primera República. Es el culto al gendarme necesario, al cínicamente llamado “César Democrático”, que desde entonces y de tanto en tanto hace posible que tantos venezolanos ejerzan de presos políticos o como desterrados. Aludo a ese instante inaugural cuando lanzamos al basurero de la historia – guiados por Simón Bolívar – nuestro espíritu de civilidad y la Ilustración que conformada por hombres de levita, armados de ideas y de sueños, nos imagina como patria posible y de concordia.

Hago presente, para desbrozar la memoria ante un país sin memoria como el nuestro, a quienes antes de otorgarnos nuestra Independencia y de darle forma a las instituciones garantes de nuestra libertad, como Escalona, Mendoza, Padrón, Santana, Muñoz y Tébar, Toro, Isnardy, Xavier Yanez, o Pául, nos dejan en herencia una Carta de Derechos del Pueblo; justamente, para recordarnos que el Estado y sus servidores son electos para servir y no para servirse, y que están sujetos al control de la opinión y de las plumas. Tanto que, dictada esa Carta antes de ser sancionada nuestra primera Constitución, el 23 de diciembre de 1811, en lo inmediato procuran, además un decreto de libertad de prensa.

Pero al concebirse y nosotros admitir luego que el uso de las espadas, para cerrar el ciclo de nuestra Independencia, otorgaba a las mismas espadas el derecho vitalicio a dibujar la república y nuestra sociedad a su antojo; y al permitir el desprecio hacia nuestros verdaderos Padres Fundadores, egresados en su mayoría de la Real y Pontifica Universidad de Caracas, mediante el libelo de que son arquitectos de “repúblicas aéreas” en un pueblo no preparado para el bien supremo

de la libertad; al efecto hicimos de la cárcel, de La Carraca de Francisco de Miranda, de La Rotunda de José Rafael Pocaterra, o del SEBIN de Iván Simonovis, aposentos de la razón, depósitos de razonantes.

No por azar, al escribir el prólogo de este libro, que ha de ser motivo de íntima reflexión y en el que cada uno de nosotros debe mirarse como en un espejo, refiero - citando a Juan Liscano, que “aquéllas aguas – las de nuestro tiempo inaugural - trajeron estas crecientes devastadoras o (acaso y ello es probable) estas inundaciones fertilizantes”.

¡Y es que a pesar de la fatalidad no debemos olvidar que fueron esas enseñanzas distintas, cuyos parteros hubieron de refugiarse en nuestras prisiones o en el exilio, las que todavía sostienen nuestra tozudez democrática! Son las que nutren esos espacios de libertad bajo gobiernos civiles, que se cuentan como pequeños intersticios oxigenados en el marco de una historia ahogada por la idea muy bolivariana del Presidente vitalicio, a quien hereda su Vicepresidente; o del Senado hereditario formado por militares, según los diseños constitucionales de Angostura y de Chuquisaca.

El desafío actual del país, que es más y está más allá del Estado, debo repetirlo, es más exigente que el de nuestros causantes verdaderos, nuestra Ilustración fundacional, uno de cuyos causahabientes, entre otros, es un hombre de acción y asimismo de ideas, víctima de nuestra historia cercana, *El prisionero rojo*.

El Precursor Miranda casi que logra sobreponerse y cabe decir que la desgracia de verse traicionado por su subalterno, luego detenido en Puerto Cabello y más tarde en Puerto Rico, antes de depositar sus huesos en el puerto de Cádiz, no le empuja a renunciar a su credo democrático. Lo sostiene a pie juntillas. Es un abierto enemigo del jacobinismo, un promotor de la reconciliación. Ello lo prueba el haberse dejado ganar por el anuncio del dictado de la Constitución liberal de Cádiz, La Pepa celeberrima de 1812; pues ese texto pone a los derechos del hombre por delante del monarca; lo que le permite a Miranda justificar su capitulación y reclamar que en cumplimiento de los postulados civiles y liberales se le pusiese en libertad.

El sabio José María Vargas igualmente opone la Justicia a la fuerza de las casacas del altanero Carujo. Y quedó su ejemplo.

La generación de 1928, a su turno, corre a contravía del gendarme necesario y en acre controversia frente a los apologetas de éste, ilustrados de nuestra primera mitad del siglo XX pero confesos

positivistas, forja otra ilusión de país, radicalmente humanista, en 1958.

Nos lega Betancourt, Rafael Caldera y Jóvito Villalba, una república de partidos que en apariencia naufraga después de una generación; cuando la generación sucesiva, por otro sino de nuestra misma historia vuelve su mirada hacia atrás, como la mujer de Lot. Deja ella, no obstante, como lo muestra la terca realidad, a un pueblo que se acostumbró a vivir en libertad.

El desafío citado y el acicate que es mi juicio *El Prisionero Rojo*, desde sus entrelíneas, con sus fardos, no es imposible de acometer y lo prueba nuestra historia próxima. Pero no es agua de miel.

La deriva militarista que posee a la República en 2013, y apenas tiene a un civil como mascarón de proa, está contaminada por gérmenes extraños a nuestro gentilicio.

Laureano Vallenilla Lanz, al escribir su sociología patria le canta loas al credo bolivariano que imagina encarna en Juan Vicente Gómez y lo hace convencido de que en nuestra conducta popular dominan los elementos étnico-raciales y ambientales más allá de nuestra capacidad para la reflexión. Pero Bolívar y quienes les siguen no construyen sus gobiernos sobre la falacia, así hubiesen hecho de la constituciones meros sacramentos o trajes a la medida.

A partir de 1999 y de manos de quienes se dicen seguidores de El Libertador, se instala en Venezuela la mentira, como política de Estado, y eso explica – más allá de las traiciones o patadas históricas que conoce nuestro pueblo y sus víctimas – lo ominoso e inhumano *in extremis* del caso Simonovis, contrario a las leyes de la Humanidad.

Chávez, lo digo en mi prólogo del libro de Iván, una vez muerto deja tras de sí un régimen pasional que emula el proceder de las sectas, una legión de presos políticos y de condenados al ostracismo, la muerte civil de los disidentes, un país con los ánimos encrespados, pero sobre todo nos traslada como heredad social una Torre de Babel. He aquí lo relevante.

Hablamos todos el mismo idioma que a todos nos aporta la civilización hispano-romana que rige entre nosotros durante 300 años y que éste, el propio Chávez, desprecia y reduce a otra de 200 años magros, con afán de pionero; pero no obstante, de manos ajenas y extranjeras, creando una hegemonía comunicacional, se ocupa de que las mismas palabras en español y de uso corriente dentro de la política y la moral

acusen significados distintos para unos y para otros, para quienes lo siguen o quienes lo adversan. No le preocupa a él y menos a sus sucesores el diálogo entre razonantes quienes se entiendan sobre un piso común, pues le tiene pánico, por ser la fuente cierta de la democracia.

El sentido cabal de la justicia, que es precisa en sus formas y en el fondo, cuyas palabras son indelebles y acotadas, resulta en un imposible. Y por lo visto no hay traductores a la orden, quienes sirvan para resolver el complicado entuerto planteado por esa inevitabilidad del “diálogo de sordos” y del desprecio constante por la verdad, que es sojuzgamiento de la dignidad inmanente de la persona.

Por obra de ese “credo” del mal absoluto, instalado en el eje de los poderes públicos de Venezuela, los juicios éticos o sobre los asuntos del Estado y hasta la Justicia administrada – bajo control de novísimos “jueces del horror” se tornan parciales o confusos. Los corruptos no son corruptos y quienes bañaron a la república de sangre persiguen como criminales a sus víctimas. Lo justo y lo injusto, la inocencia o la culpabilidad, no dicen lo mismo para unos y para otros, menos para quienes aún le sirven – ya muerto - al último rezago de nuestro caudillismo genético y su historia de traiciones.

Bolívar, el mismo Gómez o Pérez Jiménez tenían sus muertos, sus presos y sus desterrados. Los llevan sobre las espaldas pero no los ocultan tras los sofismas. Los ven como adversarios, conspiradores o disidentes del orden impuesto por las espadas. No los trucan de criminales como ahora. Son veraces, en dicta-duras y en dicta-blandas.

¡Y es que cabe puntualizar que *Así habló Zaratustra*, de Nietzsche, es el libro de oraciones que predica la muerte de Dios y en el que reza Chávez hasta cuando decide morir lejos de sus gobernados, hombres inferiores para él, apenas eslabones entre los animales y el “super hombre” que promete crear con su revolución! Es la misma trama, base de la filosofía totalitaria, tributaria de la mentira, del menosprecio por la realidad racional y prometedora del hombre perfectible. De allí que aparezcan tras estos regímenes jueces quienes cantan la verdad tardíamente, sólo en la hora de la cobardía; como el juez Eladio Aponte Aponte, cabeza penal del Tribunal Supremo, quien admite haber ordenado la condena de hombres y mujeres inocentes como Simonovis cuando la hidra de sus cómplices también lo amenaza devorar.

¡Es que asimismo el engaño es la madre de la corrupción y la fuente donde se relajan los resortes morales de una sociedad, enfermando! Tanto es así que el ex Fiscal General y flamante embajador, Julián Isaías Rodríguez Díaz, sin remordimientos, ufano, declara recién desde Roma, ser conocedor y autor junto al Presidente Chávez del riesgo que concluye con la Masacre de Miraflores.

No se percatan estos señores que hasta el propio Sol – lo afirma Nietzsche, descontextualizando el Eclesiastés – tiene su ocaso. Pero lo intuyen. Se horrorizan ante la voz firme de sus víctimas, consideradas como la nada. Intentan seguir mintiendo para doblegarlas y confundirlas, otra vez. Mas viven el ocaso, óigase, y a los venezolanos nos espera el amanecer.

Frente regímenes levantados sobre la muerte de Dios, haciendo posible los muchos Simonovis que conocen las experiencias del nazismo y el comunismo – allí está la familia de Iván, su mujer, la admirable, constante compañera que es y ha sido Bony, y que son y han sido los hijos amados de ambos, a quienes se les ha negado su “proyecto de vida”, con Peter Haberle y también con Iván – quien nos recuerda a Pocaterra, escritor desde la cárcel de las *Memorias de un Venezolano de la Decadencia* – cabe preguntarse si es posible que el Estado constitucional intente fijar los límites dentro de los cuales exista la tolerancia; y que al mismo tiempo no se apoye ni en un mínimo de verdad. Porque no puede decirse - lo recuerda el ex presidente checo Vaclav Havel, como preso que fue de los comunistas - que sea posible tolerancia alguna sino hay un deseo auténtico y colectivo por la verdad, y una adhesión general por la Justicia con propósitos de reparación.

Concluyo mis palabras abrazando desde la distancia a Iván, en la cercanía del afecto familiar que nos amarra – ambos somos Aranguren; y a Ustedes les dejo las palabras que le escuché al Padre Jorge, hoy Su Santidad Francisco, mientras enseñaba en Buenos Aires: Vivimos y hemos de superar esta época de pensamiento débil, hecho de sentidos fragmentarios, parciales y desarraigados. Se ha roto y hemos de reconstruir la relación entre el hombre y su espacio vital, vacío, que es el *no lugar* que sufren nuestros hijos con espíritu de inmigrantes. Ello, no lo olvidemos, ha sido la obra de un déficit de memoria y de tradición que cabe resolver.

Librería El Buscón, Las Mercedes, 22 de noviembre de 2013.